

CRÓNICA

PERÍODO de alegría, de fiestas y regocijo es este en nuestro país, pero se ha tornado en el presente año en días de preocupaciones y desdichas hasta verlas coronadas con las trágicas notas de una catástrofesangrienta.

Una serie inacabable de huelgas preparó el estallido final, que se tradujo en revueltas en la vía pública y atentados a la fuerza armada.

Felizmente en Pamplona, Vitoria y San Sebastián no pasó de ligeros conatos de desorden público, sin más consecuencia que los irremediables daños de orden económico producidos principalmente en nuestra capital; cuya «semana grande» quedó anulada por la intranquilidad consiguiente a una situación alarmante, cuya expresión oficial ha sido el «estado de guerra» dictado por las autoridades.

Donostia, pues, ha sufrido las consecuencias de esta desatentada conducta, privando a nuestro honrado comercio de las legítimas ganancias que debía obtener, y cercenando las utilidades de tantas familias que cifraban en este período las esperanzas de asegurar un modesto pasar para todo el año. Los libros de caja, con lapidaria elocuencia, demostrarán lo insensato y suicida de la abortada intentona revolucionaria.

Pero si en Donostia ha causado tan incalculables daños materiales en sus intereses y en el no interrumpido progreso de su temporada veraniega, más tristes, más dolorosas, más trágicas se han registrado en nuestra invicta hermana, la industrial, la progresiva Bilbao.

Allí la silueta repulsiva de la desatentada revolución se ha trazado

con líneas de sangre, sangre de infelices obreros seducidos por infames predicaciones con las que han logrado envolverlos en la trama nefanda, en que han destacado con odiosos caracteres la incompetencia y cobardía de los elementos directores.

Pero lo que levanta las unánimes protestas de toda persona ecuánime, es el vandálico atentado de Cantalojas, en que con entrañas de hiena se preparó y se perpetró el trágico descarrilamiento en que perecieron víctimas inocentes.

¡Y aun hubo brazos de tan feroces instintos que descargaron armas homicidas, arrojando el plomo mortífero sobre aquellos desgraciados que sucumbían a efectos de la criminal maniobra!

Lo salvaje del atentado provocó la protesta en todas las conciencias honradas, exteriorizándose en forma conmovedora al verificarse el traslado de los despojos mortales, entre los que, con lágrimas en los ojos, se veían los de una tierna e inocente criatura sacrificada a los instintos criminales de una organización que por sus resultados, sólo puede hallar precedentes en las tribus más feroces de inexplorada selva.

* * *

En tan aciagas circunstancias no es fácil hallar notas culturales que den lugar al acostumbrado comentario. El arte se hace incompatible con explosiones anárquicas. Necesita de la plácida tranquilidad, característica inexcusable de los pueblos civilizados. Nosotros, contra toda nuestra voluntad, nos hallamos en un paréntesis, en un alto obligado que nos detiene en nuestra marcha progresiva.

La protesta unánime con que el país ha acogido el truculento aborto de esas desatentadas organizaciones, prenda es de que sabrá imponer el buen criterio, y de que se reanudara en todo el país la interrumpida marcha por las vías del progreso y de la prosperidad.

Para ello es lema obligado el de «Paz y trabajo», enfrente de ese otro que ha querido implantarse entre lágrimas y sangre, y cuyo enunciado es «Huelga y revolución».

TEA
